

cual un milagro iba á arrancarme, ó M. de la Cruz se hacia á mis ojos el mas infame de los calumniadores...

Corrí á la persiana entreabierta y la abrí violentamente. Una sombra se dibujaba negra y claramente en la arena del jardin, justamente debajo de mi ventana.

¿Cómo M. de la Cruz estaba allí? Lo ignoro. Al divisarme, extendió hácia mi sus manos unidas.

Mi primer gesto fué intimarle que se retirase. Obedeció al pronto, como á pesar suyo; pero al cabo de algunos pasos, volvió, y viendo que el candelero estaba inmóvil en mi mesa, dió un profundo suspiro.

¿Qué te diré, Ursula? Me sentí invadida por una imperiosa necesidad de saber. Aunque las singulares afirmaciones de su billete hubiesen hecho nacer en mi dudas crueles, no podía resignarme á ver en M. de la Cruz un enemigo y un traidor. Mi confianza habia sido demasiado absoluta, para que yo pudiera condenarle sin oírle. Si decía verdad... ¿Si ese Matifay!... y yo me acordé de los modales falsos del otro, de sus gestos bajos y obsequiosos, de su mirada socarrona. — ¡Oh, no, no! mi repugnancia invencible no me habia engañado... ¿Qué revelación, Dios mio, iban á hacerme?

M. de la Cruz volvió á tomar lentamente su camino, dirigiéndose hácia la pequeña puerta del jardin, cuya llave tenia sin duda.

Llegado al umbral, se volvió.

Entonces yo, por un movimiento instintivo mas fuerte que mi voluntad, corrí á la mesa, cogí el candelero y volví con él á la ventana.

De un solo brinco, de un solo salto volvió á descender todo el espacio que habia atravesado.

Y yo, azorada, arrepintiéndome ya de mi imprudencia, dejaba derretirse la bugía cuya cera se derramaba sobre el follaje de los castaños.

Subia la escalera precipitadamente, acercándose cada vez mas á mí; ya estaba bastante próximo para que pudiese oír el eco de su temblorosa voz, cuidadosamente amortiguada, y hasta los latidos de su corazón.

— Señorita, decía, tranquilizaos; vuestra sublime confianza me ha hecho vuestro esclavo, vuestro perro fiel... No hay una gota de mi sangre que no sea vuestra. No tengo ya mas que un solo deseo que formar: ¡Salvaros y morir!

Su mano tocaba ya el picaporte de la puerta, cuyo cerrojo no corro hasta el momento de acostarme. Lo levanto despacio, y lo ví aparecer ante mí, pálido y triste, en el fondo de los árboles.

— ¡Por Dios! retiraos.

— Cipriana, me respondió sencillamente, no quiero que podais un solo instante sospechar mis intenciones. Las cosas que tengo que deciros, el plan de salvación que tengo que revelaros, son graves; puedo revelároslos delante del ser en quien vuestro deber es tener la fé mas absoluta. Os espero aquí. — Id á buscar á vuestra madre.

## XIX

## EL PLIEGO SELLADO.

En el mismo dia y en la hora misma en que Cipriana daba su palabra al baron de Matifay, dos escenas, íntimamente ligadas al drama que vamos contando, se representaban en las dos extremidades de Paris.

La una, en un entresuelo oscuro de la calle del Faubourg-Montmartre; y la otra, en el suntuoso palacio de la señora condesa de Monte-Cristo.

El vizconde de la Cruz va y viene, con pasos impacientes y apresurados, en el invernadero encantado donde le hemos oído protestar de su adhesión á Cipriana.

El sitio es siempre delicioso; el susurro melancólico del agua al caer en la concha de mármol; las flores tropicales esplanándose por todas partes como llamas. Los adiantos y las danaes, las valisnerias, cuyas flores elegantes se inclinan amorosamente las unas sobre las otras en las puntas de sus flexibles espirales, las pontederias de espigas azuladas, los juncillos de flor con quitasoles blancos, se reflejan en los bordes del estanque, donde un delicado filete de agua vuelve á caer en forma de cascada.

Se encuentra, en este jardin de Armida, un resumen de la flora de todos los paises. En las ramas de los árboles exóticos se enlazan las anturias con hojas colosales, y las peregrinas de la América ecuatorial. El pándanus, palmera por su talla, piña de India por sus hojas, derrama allí los aromas deliciosos de sus flores. Los débiles pináculos de la diadema de Australia crecen allí al lado de las espigas rosas de la helonia americana, cerca de los hamantos, esas flores de sangre del Cabo, y de los soberbios del Malabar, cuyas corolas solitarias, como una mariposa en la punta de un tallo, pasan del amarillo vivo al rojo de fuego; las linagretas balancean allí las sedosas borlas ó pompones de sus plumeros grises, entre las antéricas amarillas, y entre los falingiums purpúreos y las altas pirámides floridas con sus pitas.

Pero apenas si el vizconde dirige una mirada desdeñosa sobre todas estas bellas ó encantadoras plantas. Una preocupación arruga su frente. Una impaciencia febril agita sus manos; la palidez de su rostro y de sus labios, todo indica que acaba de saber alguna penosa noticia, y que está dominado por una violenta y molesta emoción.

M. de la Cruz se estremece. Oyese deslizar un paso ligero sobre la arena del invernadero, cuyas flores rozaban los pliegues de un vestido. Una mano blanca se apoyó en el hombro de M. de la Cruz, que se vuelve y se encuentra cara á cara con la condesa de Monte-Cristo.

Pero ¡cuán diferente de lo que las gentes la veían! Ella también estaba pálida; los ojos enrojecidos, la frente aba-

tida bajo el peso de una incurable tristeza; y envuelta en su gran vestido de luto, marchaba como vacilando y tropezando á cada paso que daba.

¿Qué trabajos, qué dolores habia pues soportado esta mujer, para que sucumbiera á tales desfallecimientos?

M. de la Cruz la contemplaba con un respeto mezclado de compasión.

— Es menester, dijo con voz que se parecia á un quejido, que el caso sea bien apremiante, para que vengais á verme en un dia como el de hoy.

— En efecto, Elena, yo sé que cada año celebrais el aniversario terrible en que, viva, descendisteis entre los muertos. Durante un dia, os encerrais en vuestra tumba, y al siguiente, volveis á salir mas tranquila, mas radiante, mas fuerte. — Pero mientras tanto, los malos continúan su obra, ¿y qué podré contra ellos, yo, débil, si me privais de vuestra ayuda?

— Venid, pues, hijo mio, dijo. Nada de lo que es yo debe estar oculto á vuestra afección. Teneis derecho á entrar en la tumba donde yacen mis recuerdos.

Con paso firme se adelantó hácia una de las extremidades del invernadero, y él la siguió. Atravesó diferentes salones, un cuarto de dormir suntuoso, y entró, detrás de ella, en un cuarto sombrío que escasamente iluminaba una lámpara de santuario, suspendida en el cielo raso.

Era una especie de capilla mortuoria revestida por todas partes de sarga negra. Nada de muebles, sino un reclinatorio de ébano, y una especie de altar, sobre el cual estaban dispuestos diversos objetos. Dos mecheros de cabellos, la una castaña y la otra rubia; dos retratos de hombre, tan parecidos que se hubiese dicho, al verlos, que eran de dos hermanos, y un gran pliego sellado debajo de un globo de cristal. Esto era todo lo que allí habia.

Encima del altar, un Cristo de marfil extendia sus brazos misericordiosos.

— Hé ahí, dijo la condesa de Monte-Cristo, — designando con la mano los rizos y los retratos, — todo lo que queda de mi felicidad destruida. Hé ahí, continuó elevando su mano hácia el pálido crucificado, la sola fuerza que me sostiene. — Vos solo, excepto yo, José, habeis traspasado este umbral. Aquí cesan los rumores de la vida exterior. Y ahora, hablad: ¿qué quereis?

— Elena, dijo José gravemente, pongo por testigo á los nobles muertos que llorais, y á esa víctima divina de la impiedad de los hombres. He hecho por vos, por los vuestros, todo lo que mis débiles fuerzas me permitian. Lo he hecho sin reticencia ni segunda intención, sin deseo de recompensa, y hoy es la primera vez que os pediré una.

La condesa de Monte-Cristo extendió la mano hácia el papel cerrado y sellado:

— Recordad las palabras del Biassou, que me habeis repetido: « Este papel contiene tu recompensa y mi rehabilitación. » Esta carta es vuestra, José, podeis abrirla.

Pero José detuvo su mano pronto á rasgar la cubierta.

— No, Elena. Este papel, — lo he jurado, — no puedo, no debo leer su contenido sino el dia en que Rancogne, ven-

cedor de sus enemigos, vuelva á entrar con la frente erguida en la casa de sus padres. Solo lo abriré ese dia.

— Entonces ¡nunca jamás! suspiró la condesa de Monte-Cristo; nunca jamás, ¡ay de mí! puesto que Blanca, mi hija, ha muerto.

— ¿Quién sabe? murmuró José.

— Demasiado lo sabemos. Los informes y noticias que hemos recibido de Nápoles no pueden dejar duda alguna respecto de esto.

— Pues yo las tengo, dijo José. Por otra parte, muerta ó no, ¿qué importa? Es menester volverla á encontrar viva; muerta, es menester vengarla.

— ¡Vengarla! no, José; nuestra misión no es una misión de venganza, sino una misión de rehabilitación. He venido acá abajo para traer la misericordia, y no la guerra. Soy fuerte para el bien, porque está el Señor conmigo. Si emprendiese una obra de cólera, su mano se retiraría de mi frente, y sería destrózada. ¡Vengar á mi hija! ¡vengar á esos muertos queridos! ¡Oh! ciertamente, sí; he pensado muchas veces en ello, y por eso, todos los años me encierro aquí para huir esa tentación, y suplico, y lloro, y me humillo. Entonces, del fondo de su tumba me hablan, me aconsejan, hacen descender en mi alma el refrigerio de la clemencia divina. Hablar de venganza en este lugar, José, es casi una impiedad.

— Sea pues, respondió José con aire sombrío, ¿pero dejaremos á los otros continuar su obra perversa sin oponernos á ellos con todo nuestro poder? Han asesinado á vuestro marido, á vuestro hermano y á vuestra hija. Os han robado hasta vuestro nombre. Han hecho de vos un espectro sin patria, sin familia, sin estado en el mundo. Está bien, perdonemos todo eso, puesto que lo exigis. ¿Pero les permitiremos, bajo un exagerado pretexto de clemencia, el hacer nuevas víctimas y sumergirlas en el abismo de donde no habeis salido vos sino por un milagro? ¿Dejaremos á Cipriana casarse con ese... ese hombre cuyo nombre no me atrevo á pronunciar aquí, temiendo turbar á los muertos en su reposo?

No, Elena, ni lo podemos, ni lo debemos hacer.

¡Escuchad! dejadme obrar á mi solo. Yo tomo sobre mi toda la responsabilidad de esta tarea. Permaneced vos siendo la clemente y tranquila providencia, Elena, pero dejadme á mí ser la cólera y la justicia. Todo lo que yo os pido, — y esto os lo pido de rodillas, — como el premio único de mis trabajos futuros, — es que me ayudeis á salvar á Cipriana. Acabo de saber por madama Jacquemin, que la desgraciada niña, vencida, ha prometido obedecer. — Vos sola, bien sea abriéndola las puertas del Refugio, ó bien sea usando de vuestra influencia sobre la condesa de Puysaie, podeis ganar tiempo. Pues bien, ¡algunas semanas, algunos dias quizá es todo lo que me hace falta! Desde mañana, comienzo yo mismo mi lucha con Matifay. Champion mismo es quien me servirá de arma, y... ¿quién sabe? quizás yo sea bastante feliz para tener la dicha de devolveros vuestra hija al mismo tiempo que salvaré á Cipriana.

— ¡Locura! murmuró la condesa de Monte-Cristo con



Hé ahí, dijo la condesa de Monte-Cristo.

una triste sonrisa, ¡Blanca está bien muerta! pero no me reconozco el derecho de rehusaros nada, José. Si mi dicha está destrozada, no debo por eso ni quiero oponerme á la vuestra. Cipriana es digna de vos, y vos sois digno de Cipriana. Me encontrareis siempre á vuestro lado, hijos míos.

Si Cipriana viene á llamar á la puerta del Refugio, las puertas le serán abiertas. Decididla á hacerlo si podeis. No obstante, cuento con vuestra prudencia. Ya sabeis donde deben detenerse vuestras confianzas. Mi nombre no debe ser pronunciado delante de ella.

Si rehusa seguiros, — y sin duda rehusará, — yo me comprometo á obrar poderosamente cerca de la condesa de Puy-saie para obtener el plazo que os es necesario.

— ¡Oh! ¡sed bendita! murmuró José con ardor.

Ella meneaba tristemente la cabeza.

— ¡Estoy muy cansada! ¡Jamás he sentido tanta fatiga! En verdad creo que mi fin está próximo; pues, hasta aquí,

no he experimentado tal desaliento en mi corazón, tales dudas en el ánimo. Desde hace cinco años, ¿cuántos desgraciados de toda especie no hemos salvado? Las angustias del hambre, del dolor, del remordimiento mismo, parecían disiparse solo al acercarnos á ellos; pero hé aquí que hoy nos encontramos, por segunda vez, en frente de ese Matifay y de ese Champion. A despecho de mi voluntad, mi tarea de dulzura se duplica con una tarea de odio, y vacilo, y me siento débil.

Sí, hacia cualquiera parte que vaya, cualquiera cosa que haga ó que ensaye, los tengo en frente de mí á esos seres que parecen otras tantas encarnaciones del mal. Mi mano se extiende hacia la señora Jacquemin: quiero sacarla del abismo, á ella y á su hijo, y encuentro en frente de mí á Nini Moustache, es decir, á Champion. Protejo á Ursula, Champion también es mi adversario. La condesa de Puy-saie viene á echarse á mis plantas, recibo su confesion llena de

lágrimas; quiero gritarle como lo he hecho á tantas otras mas culpables y menos desgraciadas: « ¡Sed perdonada! » Entre nosotros se levanta el coronel Fritz, es decir, Matifay, y también sin duda detrás de él, Champion, ¡siempre Champion!

¡Oh! y sin embargo, bien lo sabeis mejor que yo, Señor, desde el instante en que esta tarea que prosigo se ha presentado á mi espíritu como una revelacion, he abjurado todo sentimiento de odio. No me he reservado mas que un día en el año, y este, para mis dolores y pesares. Todos los demas los he consagrado á todas mis hermanas en Dios, perseguidas, atormentadas, envilecidas. He salido con las manos llenas, y sembrando por todos los vientos del cielo vuestras mies de misericordia y de perdon. ¿Qué fatalidad oculta coloca, pues, siempre en mi camino esos sapos y esas serpientes como para gritarme por todas las voces de mi indignacion y de mi cólera: « ¡Tú eres todavía mujer, Elena! ¡nada has olvidado, aplasta sus cabezas, vengas tus muertos, vengate! »

Se habia dejado caer anonadada en su reclinatorio, tendiendo sus brazos en la lucha de sus dudas, implorando como Jesus en el jardin de los Olivos: « ¡Señor, Señor, apartad de mí este caliz! »

En pié con los brazos cruzados, la frente inclinada bajo el hábito religioso que parecia exhalarle de su plegaria, José la contemplaba.

El abatimiento de la condesa de Monte-Cristo duró largo tiempo. No hablaba ya. Apenas si sus labios se agitaban, dejando escapar de tiempo en tiempo una interjeccion ó un grito de angustia. En fin, se enderezó hacia atrás, abrió sus grandes ojos iluminados de una extraña llama interior, y saliendo de su éxtasis:

— Vé, José, anda, hijo mio. Nuestro Padre que está en los cielos lee en nuestras almas. Él, para quien nada hay oculto, sabe que nosotros no hemos buscado esta lucha, que no queremos hacernos jueces en nuestra causa, ni castigar nuestra propia ofensa. ¡Oh! no, nosotros marchamos hacia un objeto mas generoso y mas digno de él. Si empuja á esos miserables delante de nosotros, es sin duda porque quiere herirlos por nuestra mano. Misericordia al arrepentido, justicia al que persiste en el mal.

— ¡A quien se rinde, gracia; á quien no se rinde, golpe! respondió José, lanzando también, en el momento de empeñar la lucha, el célebre grito de los condes de Quisran-Rancogne.

Se alejó rápidamente, temiendo que la condesa de Monte-Cristo no se retractase de su decision, atravesó el invernadero á paso redoblado, salió del palacio y se lanzó dentro de un coche de alquiler. Veinte minutos despues, el coche se detenía en la callejuela donde ya hemos visto al vizconde de la Cruz esperando á madama Postel.

Esta vez también la camarera no tardó en venir á mirarse; pero no hizo mas que apoyarse en la portezuela del coche á darle una llave.

La llave de la puertecita del jardin.

— ¿Teneis algunas noticias de Luis, señor vizconde?

Y la mano descarnada de la pobre viuda deslizó una pobre bolsita en la del jóven.

— Es para él... ¡Tengo tanto miedo que no haga todavía alguna majadería!

— No temais nada, madama Jacquemin: se le vigila. Por otra parte, tengo algunas horas disponibles; voy á casa de su patron, y os diré esta noche cómo se conduce.

El vizconde de la Cruz, en efecto, se hizo llevar hasta la plaza Vendome. Luego, volviendo hacia los bulevares, se dirigió á la tienda de Clemente.

Detrás de esta tienda se extendía el taller, donde los numerosos oficiales del platero realizaban, bajo su vigilancia, las maravillas del buen gusto que le habian puesto á la moda. Las ruedas de los pulidores de las piedras duras daban vueltas. El fuelle de la fragua se hinchaba y se deshinchaba con un ruido sordo. Y de los crisoles se elevaba el resplandor verde del oro en fusion.

En medio, con los codos apoyados en una mesa de dibujo, Clemente mismo combinaba los admirables arreglos de los rubís, del oro mate, del oro brillante, de los carbunclos y de los topacios, que triplicaban, por un hábil arreglo, el valor de las piedras preciosas.

Mientras trabajaba y mezclaba los colores en las cazoleas, Clemente cantaba, como en otro tiempo en las frondosas selvas de Brancone:

Conozco una joya encantada,  
De un mirar mas claro que el diamante,  
El perfil de un camafeo antiguo,  
Labios mas sonrosados que el coral,  
Ojos de lapiz-lázuli y dientes de esmalte:  
Es la mas bella joya de mi tienda.

Amigos, calentad bien el crisol,  
Que salga el oro verde abrasado  
Como un demonio de la hornaza.  
Quiero, sobre un fino medallon,  
Pintar su color de vermellon,  
Y su boca que exhala el aroma de la fresa.

¡Ah! si algun día ella quisiera,  
Su mano mas blanca que la nieve  
Vendría á posarse en la mia.

José le tocó en el hombro, lo que le interrumpió de repente.

— Esa joya, le dijo en voz baja, se llama Rosa, ¿no es así, amigo Clemente?

Clemente se puso colorado como una de las brasas de su fragua, y bajó la cabeza sin responder.

— Bueno, bueno, dijo José riéndose, no hay ningun mal en eso.

Antes de entrar en el taller, José habia pasado por el aposento, y en aquel momento iba vestido con el traje del obrero, el pantalon gris y la blusa blanca, traje que vestia con mucha elegancia y soltura. Solamente que la blusa era mas clara, y el pantalon estaba mas limpio que el de los otros obreros.

Hé ahí todo.

Al verle entrar, todos los auxiliares de Clemente levantaron la cabeza.

De todos los rincones del taller se elevaban exclamaciones cordiales, y se tendían amistosamente nervudas manos anchas.

Inspeccionó todos los mostradores, dando una rápida ojeada.

— ¿Luis Jacquemin no está ahí?

— No, respondió Clemente en voz baja, todavía anda desarreglado. Parece que la otra ha desaparecido. En otro tiempo se emborrachaba porque la encontraba, y ahora se emborracha porque no la ve ya.

— ¡Pobre muchacho! murmuró José.

— Creo decididamente, respondió Clemente en el mismo tono, que su cabeza se descompone. Ya no hay probidad en él. Ayer salió yo en busca suya, y ¿sabes tú en qué estado le encontré? Borracho como una uva, en una taberna fangosa, comiendo y bebiendo con un vagabundo sospechoso, un italiano, creo, M. Chinela.

— ¡Ah! exclamó José, levantando vivamente la cabeza.

— Sí, continuó Clemente, y se repartían dinero, el precio, sin duda, de alguna trastada. Tratemos todavía de salvarle, si quieres; pero mi opinión sobre él es la misma y no cambiará: creo que no conseguiremos nada de él.

— Al contrario, pensó José; comienzo á creer, yo, que se puede sacar de él un gran partido.

## XX

## H. LE GIGANT, HOMBRE DE NEGOCIOS.

H. Le Gigant, hombre de negocios. — Esta inscripción se destacaba en negro sobre la plancha pulimentada de una lámina de cobre en la puerta de un entresuelo de la calle del Faubourg Montmartre. Debajo había un botón de cristal, y, mas abajo todavía, el *Sésame, ábrete*, de estas clases de antros:

« *Volved el boton, S. V. P.* »

Si, por desgracia para vos, os hubieseis visto obligado á seguir esta advertencia, os habríais encontrado desde luego en una vasta antesala, amueblada únicamente con una banqueta de crin trenzado. En las dos extremidades de este corredor, en frente de las ventanas, había unos cuadros enrejados como jaulas, dentro de los cuales había unos rótulos impresos colgados con bramante encarnado, y que decían, á la derecha: *Caja*; á la izquierda: *Contencioso*. La muchedumbre fluía generalmente hácia este lado. Por eso, el estrecho espacio limitado por el enrejado pintado de verde estaba á la izquierda, ocupado por tres jóvenes dependientes,

cuyas plumas de acero rechinaban sin descanso desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde en el papel rayado, mientras que á la derecha no le era fácil al visitante contemplar mas que la cabeza tosca y calva de un viejo bonachon, perpétuamente adormecido sobre un grueso registro guarnecido de latón en sus ángulos.

En medio, sobre una puerta de dos hojas, campeaba una palabra con majestuosa soledad: *Dirección*.

Allí, detrás de esta puerta, estaba el centro de la tela de araña; verdadera tela de araña, en efecto, estos gabinetes de hombres de negocios, para quienes todas las presas son buenas, lo mismo el mosquito que el tábano.

Se traficaba con todo en esta oficina, así en papeletas del Monte de Piedad como en viejos cachemiras; se vendía vino de Burdeos y carbon de piedra á los hijos de familia que se hallaban en apuros; á las princesas nocturnas tronadas se les compraba á la misma tasa los diamantes y las conciencias.

Por eso la antecámara estaba llena. ¡Era menester verlo!

La puerta del santo de los santos, quiero decir, de la dirección, se abría rara vez ante los parroquianos vulgares; pero había gentes para quienes nunca estaba cerrada. Estos privilegiados pertenecían casi todos al pequeño comercio parisiense. Eran ebanistas, revendedoras de modas, alquiladores de habitaciones amuebladas, de esos mercaderes de novedades, medio comerciantes, medio usureros, que se encargan de suministrar á plazos joyas de pacotilla y chales de cachemira á la Bohemia dorada; y también algunos propietarios, que no decían su verdadero nombre, como esas gentes graves que se ponen una falsa nariz en Carnaval para frecuentar los malos lugares.

Esos no eran parroquianos, eran accionistas.

H. Le Gigant, en efecto, era en realidad el director de una sociedad de crédito, tanto mas anónima cuanto que no había pedido á nadie, según presumo, autorización para fundarse. Los propietarios daban sus casas y palacios; los ebanistas, sus muebles; las modistas, sus tocados; los joyeros y otros mercaderes, los diamantes, los encajes, los cachemiras, los carruajes, los caballos, todos un poco sus almas.

En cuanto á Le Gigant, vigilaba todo, dirigía todo, disciplinaba todo y se cargaba con la responsabilidad eventual. Así es que este hombre se había hecho un monopolio de la industria mas vil, pero no la menos productiva.

Había centralizado el vicio, puesto el desarreglo y la orgía en acción.

Así como un hábil mercader dirige la boga y lanza al principio de cada año los artículos de su industria, Le Gigant, mediante maniobras análogas, de carruajes excéntricos, súbitamente aparecidos en el *turf* de la galantería, de escándalos hábilmente preparados, ponía á la moda las sirenas de una estación que había descubierto no sé donde, en un baile de fuera de puertas, en un lavadero ó en una cocina.

A semejanza de los directores de teatros, que en sus correrías encuentran, á fuerza de investigaciones y diligencias,

un Guillermo Tell manejando la garlopa, un Bertran manejando el arado y una Lucía mondando guisantes.

Además, no había riesgos que correr; Le Gigant tenía cogidos sus clientes por los dos lazos mas fuertes que pueden sojuzgar el alma: la complicidad y el interés. Retirando la mano, podía dejarlos caer en el lodo de donde los había sacado. En cuanto á la publicidad peligrosa que ellos hubieran podido hacerle en un movimiento de imprudente agradecimiento, no la temía tampoco. Mas de una noble y rica bobalicona se disputaba cada día el honor de que la pusieran en perspectiva, de lo que el verdadero autor se guardaba bien de lisonjearse.

Eran las cinco de la tarde. Las oficinas estaban cerrándose. El viejo cajero se ha quitando y plegado cuidadosamente sus mangas de lustrina, y estirando largamente sus brazos, ha reemplazado, con un sombrero de color de ala de mosca, su gorro de seda negro. Haciendo un mismo movimiento, los tres oficinistas se han levantado, deteniendo la pluma en medio de la palabra comenzada, y, cerrando precipitadamente los registros, bajan con grande estrépito los veinte escalones hasta la calle. Solo Le Gigant no se ha movido del sillón verde de la dirección: espera á alguno.

Por otra parte, no está solo. — Un hombrecillo enteco está sentado, encogido mas bien, en el rincón mas oscuro del diván.

Este está vestido con una elegancia de antiguo petimetre; llevaba pantalon claro, levita azul con botones de oro y chaleco nankin. Su cabellera, de un color rubio incalificable, gritaba á veinte pasos: — « Soy una peluca. » Una sonrisa tímida, obsequiosa y simple arruga los ángulos de sus ojos vidriados, á raíz de la cabeza, — y está mordisqueando, con aire embarazado, el puño de coral de un bastoncito de niño.

No pudiendo ya dominar su impaciencia, Le Gigant se levanta y mide á paso redoblado el pavimento de su gabinete.

— ¿La noticia que va á traernos ese bizarro coronel es pues muy importante, amigo mio? preguntó el hombrecillo con voz que parecía salir de una caja de música, según lo endeble y flauteada que era.

Le Gigant no interrumpió su paseo.

— Ya te he repetido veinte veces que hoy es cuando se decide ó se rompe el matrimonio de Matifay.

— Justamente... insistió el otro, no veo la relación que...

Le Gigant se detuvo de pronto, y le arrojó una mirada terrible. El hombrecito, temblando, se hizo mas chiquitito si era posible.

— No es por contradecirte, amigo; solamente por informarme.

— Toinon, dijo Le Gigant prosiguiendo su paseo de oso en jaula, tú no eres mas que un imbécil.

El doctor Toinon (porque este hombrecillo es realmente aquel antiguo conocido nuestro), no despegó sus labios y se quedó acurrucado. Pero esto no convenia á Le Gigant. Esperaba y estaba de mal humor, y este mal humor era menester que recayese sobre alguno.

— ¿Qué serías tú sin mí? Un miserable médico de aldea.

Dos mil francos de renta y algunos reumatismos atrapados corriendo los campos; es todo lo que te esperaba en tus viejos días; en lugar que ahora héte aquí doctor á la moda, afamado en el mundo, — dudoso, es verdad, — pero que no regatea nunca. Tu establecimiento de sanidad jamás está vacío. Tu recetario te da una apariencia filantrópica, en verdad enteramente conmovedora. Sin contar tus partes de lucro en nuestra casa, ganas tus treinta mil francos cada año. Te aconsejo que te quejes y que discutas mis planes.

— Pero yo no discuto, mi buen amigo, ni me quejo, al contrario; solamente, quisiera saber...

— Es decir, replicó brutalmente M. Gigant, que tú tienes miedo de perder la situación que yo te he creado, ó al menos de aventurarla siguiendo mi fortuna. ¡Vamos! No trates de mentirme, « titiritero. » Tú piensas en sacar tu castaña del fuego y venderme en caso necesario.

— ¡Oh! protestó el doctor.

— ¡Dios mio! tú eres una buena alma, ya lo sé, interrumpió Le Gigant; no sin desden, pero eres diabólicamente flojo, mi pobre Toinon. Y esto me obliga á advertirte que no se me deja así como se quiera tan fácilmente. ¡Qué diantres! todavía tengo necesidad de tí. No ha sido por tus bellos ojos por lo que te he enriquecido. — Lo que he hecho, en un golpe de mano puedo deshacerlo.

— ¿Pero eso que vas á pedirme no es peligroso, al menos? murmuró Toinon poniéndose pálido.

— ¡Hum! eso depende de la manera como giren las cosas. Espero que no, sin embargo. Pero confiesa por lo menos que lo que has ganado, lo has ganado á muy poca costa. De Matifay, tú y yo, el mas acerbillado he sido yo. Justo es pues que tú corras algun riesgo á tu vez.

Por otra parte, la partida es soberbia... Si tuviésemos buen éxito, no contaríamos por cientos de mil francos, como la otra vez, sino por millones.

— ¡Por millones! exclamó abriendo grandes ojos, ¿y en qué caja los tomaremos, Dios mio?

— Tú te olvidas de la de Matifay, respondió M. Gigant, poniéndose de horcajadas sobre una silla.

— ¡Brrr! dijo Toinon haciendo castañetear sus dedos. Eso quema; Matifay es un gazapo muy maligno, que no nos dejará á sabiendas tantear la llave de sus arcas. Buena nos la jugó la primera vez.

— Y eso es precisamente lo que no me permite darle cuartel, exclamó violentamente M. Gigant. Ese miserable no ha tenido siquiera ni la probidad del ladrón. Pero tengo hecho juramento de que ese dinero que nosotros le habíamos ayudado á conquistar y de que nos ha despojado, no le aprovechará; yo le arruinaré á su vez, aunque no debiera recibir un ochavo de sus despojos. Sí, yo me vengaré de él, aun á riesgo de mi propia pérdida. Escucha, Toinon, la partida que jugamos es peligrosa, y yo no me disimulo mas que tú su gravedad; pero, que sea ganada ó perdida, acarreará la ruina de Matifay; si, aun cuando debiera entregarle á la justicia, y yo con él.

El doctor, cuyos dientes se chocaban unos con otros, exclamó: